

Universalidad y contexto en el problema de la verdad

Cristina Bosso

I- Introducción

Desde sus orígenes, ciencia y filosofía compartieron el común anhelo de formular teorías cuyas características esenciales fueran la intemporalidad y la universalidad, buscando construir sistemas totalmente objetivos, que ofrecieran explicaciones definitivas, y que fueran capaces de develar verdades absolutas y eternas. Descartes, por ejemplo, reflejando el espíritu de toda una época, consideraba al intelecto humano capaz de juzgar rectamente, distinguiendo con certeza lo verdadero de lo falso. Pensaba, así, que la verdad se presenta al espíritu de modo tan claro y distinto que una vez frente a ella, cualquier hombre sería capaz de reconocerla con seguridad, con el sólo requisito de seguir adecuadamente el método apropiado. Desde esta concepción no se pone en duda la posibilidad de formular hipótesis objetivamente verdaderas, válidas para todos los hombres, en todo tiempo y lugar.

Con el correr del tiempo, esta idea comienza a ser cuestionada; surgen así otras posturas, que coinciden en negar la posibilidad de alcanzar una verdad absoluta, poniendo el acento en la importancia de considerar el contexto histórico y cultural dentro del cual se desarrollan las ideas. Se postula, así, que todas las teorías deben ser interpretadas como propuestas situadas dentro de una óptica particular, que no pueden escapar a los cánones que caracterizan el modo de entender el mundo propio de un momento determinado, y que pueden variar entre una cultura y otra. Proponen, por lo tanto, que sólo es posible hablar de la verdad en tanto nos restringimos a los límites de un contexto determinado, ya sea éste una cultura o una época en particular, fuera de los cuáles cualquier concepto pierde por completo su validez.

Entramos de este modo en un arduo debate, que genera sin lugar a dudas encendidas polémicas, puesto que se ponen en cuestión algunos supuestos fundamentales.

Como acertadamente señalan los opositores del relativismo, el concepto de verdad trae aparejada implícitamente la idea de universalidad; una verdad a medias, parcial o particular no parece merecer el nombre de verdad. En una lógica binaria el principio del tercero excluido funciona como una férrea regla de contención: las cosas son o no son; no existe una tercera posibilidad. Acusan, por lo tanto a sus opositores de defender la irracionalidad.

Los defensores del relativismo, en cambio, afirman que la idea de verdad absoluta constituye un mito en sí misma, puesto que no existe un ámbito de validación que se encuentre por encima de los sistemas particulares y que permita demostrar que uno de

ellos es superior a otros.

Considero, por lo tanto, que resulta interesante abordar un sucinto análisis de esta problemática tan compleja, que si bien no nos conducirá en modo alguno a una conclusión definitiva, puede aportar sin embargo algunas luces en el abordaje de la misma, o bien mostrar al menos algunas aristas relevantes en este debate.

II- Contexto

Uno de los principales pensadores que insiste en la defensa de la importancia del contexto en el tema de la verdad es Richard Rorty, quien desde el pragmatismo emprende una fuerte crítica a los principios tradicionales de la filosofía, arremetiendo audazmente contra conceptos fuertemente arraigados. Se opone, así, por completo a la explicación esencialista de la realidad, y a la tradición objetivista, que pretende que somos capaces de salir fuera de nuestra comunidad para descubrir principios universales.

Para Rorty, a partir de Hegel se produce un cambio de orientación en el pensamiento, que marca un nuevo camino para la Filosofía, puesto que los planteos que provienen de las corrientes historicistas comienzan a sembrar el convencimiento de que el hombre es un producto de su tiempo, afirmando así la idea de que no existe un sustrato universal e inmutable que permanezca inalterable a lo largo del transcurso del tiempo.

Partiendo de esto, Rorty considera insostenible seguir defendiendo una postura esencialista. Por eso, afirma que la búsqueda de «estructuras subyacentes» o los «factores naturalmente invariables» constituye sólo un intento vano de escapar del tiempo y el azar, buscando pautas estables allí dónde no las hay. Niega, entonces, que el mundo esté constituido por esencias y que éstas sean susceptibles de ser conocidas por el hombre. No hay, para él, una naturaleza intrínseca que nos permita definir de manera definitiva conceptos tales como la verdad, el conocimiento o el lenguaje. Considera, entonces, que el viejo anhelo de la filosofía de encontrar una verdad intemporal, eterna y universal, válida en todo tiempo y en todo lugar, debe ser dejado de lado. Así, el proyecto de «fundamentar» la cultura carece para él de significado. La búsqueda de certeza, al modo de Descartes, no tiene sentido; no es posible encontrar una matriz histórica inalterable que permita contener el pensamiento o la cultura. No existen esencias ocultas del conocimiento, el lenguaje, la moralidad o la verdad; no existen, por lo tanto, respuestas definitivas a esos problemas, que permitan determinar su naturaleza, puesto que no la tienen.

Rorty se opone, así, por completo, a la concepción tradicional de la verdad definida como «*correspondencia con la realidad*». Considera que esto es posible sólo cuando nos referimos a enunciados muy simples, que son capaces de reflejar un estado de cosas en el mundo real. Para estos casos particulares es posible sostener un isomorfismo entre la estructura de las oraciones y las relaciones que las cosas mantienen en el mundo (por ej.: «esto es agua»). Éste tipo de correspondencia, en cambio, le parece totalmente imposible de ser aplicada a proposiciones más complejas, una vez que pasamos a trabajar con enunciados hipotéticos universales y negativos, puesto que se convierte inevitablemente en algo sumamente confuso, en la cuál no hay términos delimitados entre los cuales se

pueda establecer claramente una relación.

No existe, entonces, para él, la posibilidad de establecer correspondencias directas, entre el mundo y las teorías, puesto que éstas involucran, necesariamente, todo un conjunto de descripciones y decisiones en los que estamos inmersos, y que no pueden ser dejadas de lado. Cualquier descripción del mundo es, necesariamente, una propuesta situada en un determinado contexto histórico, válida en un determinado tiempo y lugar, y que puede, sin lugar a dudas, ser reemplazada posteriormente por otra.

En consecuencia, para Rorty, la justificación de las teorías sólo puede darse en el seno de una comunidad, negando la posibilidad de establecer una verdad de validez universal. Considera que la aspiración al ideal de objetividad se apoya en la búsqueda de un vínculo que permita relacionar los enunciados que intentan describir la realidad con «esencias», con estructuras subyacentes o factores invariantes, con entidades no humanas, a partir de la idea de la verdad como correspondencia. Desde su modo de ver, el objetivismo rompe los lazos con la comunidad en la cual se desarrolla, en un intento de formular verdades universales, válidas en todo tiempo y en todo lugar, olvidando el contexto propio que las vio nacer, para interesarse en buscar relaciones con algo que van más allá de lo humano.

Dentro de esta postura, la verdad será entendida, entonces, enmarcada dentro de una comunidad en particular. Se opone, así, a la idea platónica del intelectual como aquel que se encuentra en contacto directo con la verdadera naturaleza de las cosas, de manera inmediata, para reemplazarla por aquel que está en la constante búsqueda de justificación en el seno de una comunidad.

El papel de la comunidad adquiere, así, una relevancia fundamental, puesto que constituye el marco de justificación de las creencias, más allá del cuál no tiene sentido cuestionar la validez de los enunciados. Para Rorty esto reviste especial importancia, puesto que considera que permite restablecer el sentimiento de pertenencia a una comunidad. De este modo se revalorizan los lazos sociales, puesto que se prioriza el conocimiento de la propia comunidad, en lugar de intentar encontrar algo que va más allá de ella, buscando matrices en común que puedan describir a todos los seres humanos; la propuesta de reemplazar la objetividad por la solidaridad, a juicio del autor, traerá entonces consecuencias valiosas para la sociedad.

De este modo, para él, la naturaleza del conocimiento sólo puede tener una explicación sociohistórica, que tenga en cuenta el contexto donde se desarrolla, y no una explicación esencialista.

Rorty reconoce que su postura será tildada, sin lugar a dudas, de relativista y etnocentrista por los partidarios del realismo. Esto no le preocupa, sin embargo, y acepta el rótulo de relativismo en cuanto considera que no es posible decir nada sobre la verdad más allá de las descripciones y justificaciones que una sociedad utiliza. Para él, el término «verdadero» tiene un mismo significado en todas las culturas, es un término descriptivo, al igual que «aquí» o «allí»; sin embargo, esta identidad de significado es compatible

con una diversidad de referencias y procedimientos de justificación. No podemos situarnos en un plano metahistórico que nos permita mirar por encima de todas las culturas y juzgar cual de ellas está en lo cierto. Desde este punto de vista, acepta la acusación de etnocentrista, puesto que considera que esto no es un defecto, sino sólo el reconocimiento de nuestros propios límites. Si ya es difícil alcanzar la verdad dentro de un marco determinado, resulta demasiado ambicioso pretender extendernos hacia lo universal; propone, por lo tanto, abandonar el intento de ubicarnos dentro una perspectiva divina, para quedarnos dentro del ámbito de lo propiamente humano.

III- Universalidad

A diferencia de lo anteriormente planteado, hablar de verdad en ciencia implica necesariamente aceptar la posibilidad de formular enunciados de valor universal, ya que no le interesan a la ciencia las opiniones particulares, o los casos aislados, sino la búsqueda de leyes universales, que sean reconocidas como válidas más allá de los límites de cualquier contexto particular.

Partiendo de esta concepción, Popper se opone al relativismo, defendiendo la idea de que existe una verdad objetiva, independiente de nuestras representaciones, y que, a pesar de que nunca puede ser alcanzada de modo definitivo constituye la meta de toda ciencia. Considera que la posibilidad de la falibilidad y el error demuestran, justamente, la existencia de una verdad objetiva, que opera como un patrón al que debemos ajustarnos. De no ser así, podríamos dar rienda suelta a nuestra imaginación en la construcción de audaces teorías, que no necesiten ser convalidadas por la contrastación empírica.

Coincide con Kant en señalar que la objetividad de los enunciados se encuentra en estrecha conexión con la universalidad. Por esto, utiliza el término «objetivo» en sentido kantiano, es decir, para referirse a un enunciado que es susceptible de ser contrastado y comprendido por cualquier persona. Resulta evidente, como el mismo lo dice, que la posibilidad de objetividad de los enunciados está estrechamente ligada a la contrastación intersubjetiva.

En este punto podemos llegar a plantearnos una severa cuestión: ¿es posible, efectivamente, alcanzar un alto grado de objetividad en nuestras afirmaciones? ¿es posible formular hipótesis estrictamente universales, válidas para todos los casos? ¿o la validez de un enunciado estará, necesariamente restringida a los límites de un sistema, fuera del cuál no tiene sentido preguntarnos por su valor de verdad, como lo propone Rorty?.

Intentemos una aproximación al problema. En su artículo «El mito del marco»¹, Popper manifiesta que se propone refutar el relativismo en su sentido más amplio (al que define como: «*La doctrina según la cuál la verdad es relativa a nuestro trasfondo intelectual, esto es, que la verdad puede variar de un marco a otro*»²), puesto que considerará que se trata de uno de los errores más nefastos de la historia de la filosofía. El marco es, para él «*un con-*

¹ Karl Popper. *El mito del marco común*. España: Editorial Pladós, 1997.

² Op. Cit., pág. 45.

*junto de supuestos básicos o principios intelectuales, esto es, un marco intelectual».*³

En realidad, lo que Popper critica a lo largo del artículo no es la existencia misma de estos marcos intelectuales, a los que reconoce de entrada, de acuerdo con la definición anterior, sino aquella posición que postula la imposibilidad de discusión racional entre individuos que no compartan un conjunto común de supuestos básicos. Acepta, por lo tanto como punto de partida, que existen distintos sistemas de representación, diferentes entre sí, que de algún modo condicionan nuestro modo de pensar el mundo. Así lo dice:

Hace casi cuarenta años sugerí que incluso las observaciones y los informes de observaciones se hallan bajo la influencia de las teorías, o si se prefiere, bajo la influencia del marco. En verdad, no existe observación que no sea interpretada, no existe observación que no esté impregnada de género.⁴

Reconoce implícitamente, por lo tanto, que pueden tener razón algunas de las vertientes más moderadas del relativismo.

En realidad, lo que le interesa refutar es la idea de incomunicabilidad de los sistemas, al modo de Khun, según la cual resultaría imposible una discusión entre personas que pertenezcan a marcos diferentes, o una confrontación entre los mismos, ya que considera que esta concepción socavaría la posibilidad de discusión racional, generando violencia.

Popper reconoce que la discusión entre sistemas diferentes será, sin lugar a dudas difícil, pero, sin embargo, es por ello sumamente fructífera. Justamente, en varias ocasiones él mismo ha sostenido que es el desacuerdo y no el consenso el que genera aumento de conocimiento, puesto que abre la posibilidad de crítica mutua, lo que permite ensanchar el horizonte intelectual.

Para mostrar el condicionamiento que proporciona un marco cultural, Popper recurre a un ejemplo de Herodoto, quien relata como los griegos se horrorizaban frente a la propuesta de comer a sus muertos, en tanto que los indios calatias, por el contrario, se aterraban de sólo pensar en la posibilidad de enterrarlos. En ambos casos, estas prácticas estaban justificadas por un marco cultural que las legitimaba, aún cuando fuera de él se podía postular que resultaban aberrantes. ¿Es posible, entonces, juzgar una conducta sin considerar el contexto que la justifica?

Podemos pensar que se plantea un problema similar en el ámbito de la ciencia misma, puesto que la validez de una hipótesis o un enunciado sólo puede ser contrastada dentro del marco de teoría, fuera del cual no puede demostrarse su valor de verdad. De este modo se pone de relieve la importancia que reviste la idea de sistema, que permite vincular e interpretar un enunciado que de otro modo carecería de sentido.

Para Popper, diferentes culturas, lo mismo que distintos sistemas científicos pueden representar modos de vida, modos de entender el mundo de manera diferente, pero no por ello son incomunicables o inconmensurables. Existe la posibilidad de confrontación, que

³ Op. Cit., pág. 46.

⁴ Op. Cit., pág. 69.

en algunos casos permite superar el desacuerdo inicial, si bien reconoce que esto no siempre resulta posible. En el caso de la astronomía, por ejemplo, Popper muestra como el sistema copernicano se impone sobre el tolemaico, puesto que lo supera brindando una explicación más acertada de la realidad. Ambas hipótesis son susceptibles de ser comparadas y evaluadas, llegando a la conclusión de que una de ellas es una conjetura más acertada que la otra.

Existen, por lo tanto para Popper, criterios que permiten mostrar objetivamente la superioridad de una explicación sobre la otra, en este caso, la contrastación empírica muestra que una teoría es más eficaz, ya que ofrece más explicaciones y es capaz de realizar mejores predicciones. Esto, sin lugar a dudas, resulta válido en algunos casos para las hipótesis científicas, pero no podemos afirmar que siempre será así.

En el proceso de selección entre dos teorías, seguramente interesarán los resultados que cada una de ellas obtenga. Cabe destacar, sin embargo, que en las confrontaciones no siempre se obtienen resultados definitivos, y en algunas ocasiones subsisten ambas hipótesis simultáneamente, en tanto ambas alcanzan éxitos por vías diferentes, como es el caso, por ejemplo de la medicina tradicional frente a la acupuntura. Ninguna de ellas reconoce como válidas las prácticas de la otra, sin embargo, cada una resulta válida y se halla debidamente justificada dentro del marco teórico al cual pertenece, y desde allí aparentemente siguen obteniendo buenos resultados utilizando métodos diferentes. ¿Es posible en este caso apelar a una instancia que desde afuera de ambos sistemas sea capaz de dirimir el conflicto de manera definitiva, mostrando la superioridad de una teoría sobre la otra?

Si en el ámbito de la ciencia nos encontramos ya con esta dificultad, ¿qué ocurre, entonces, en el caso de los sistemas culturales?. En el ejemplo planteado anteriormente de las diferencias en el culto a los muertos, ¿podemos encontrar un criterio que permita mostrar una de las concepciones como verdadera y a la otra como falsa? ¿O es que cada práctica se verá efectivamente justificada dentro de su contexto? ¿Existe, en este caso, una instancia superior que permita mostrar cuál de ellas es más apropiada?. Resulta interesante notar que Popper ha tomado los ejemplos anteriormente presentados de diferentes contextos: del ámbito cultural para mostrar la diferencia, del plano científico, en cambio, para mostrar el acuerdo. Esto seguramente no es casual, puesto que definir criterios de selección para las teorías parece ser mucho más factible en el ámbito de la ciencia que en el plano del contexto cultural.

Los criterios de la ciencia sin lugar a dudas pueden ser considerados más objetivos, pero ni siquiera en este caso podemos aspirar a encontrar respuestas definitivas, según el mismo Popper lo postula en el nudo central de su epistemología; ¿Podemos, entonces, en aras de la búsqueda de la universalidad, aspirar a encontrar criterios de selección que nos permitan establecer que una cultura está más cerca de la verdad que la otra? ¿O tendremos que afirmar, con Rorty, que no existe un punto de vista que sea capaz de situarse por encima de cualquier contexto para compararlos «desde afuera»? Popper propone que un camino correcto sería comparar las consecuencias de las diferentes teo-

rias, para tratar de descubrir cuales de ellas obtiene resultados preferibles. De cualquier modo, es fácil ver que en este caso resulta imposible atenernos a un criterio objetivo, puesto que seguramente las consecuencias de cada sistema se verán legitimadas dentro de su propio marco, pero no podrán mantener su validez una vez que trascendemos el marco en el que hayan sido formuladas. Es importante señalar que a pesar de no lograr alcanzar un acuerdo, para Popper existe un valor intrínseco en el proceso de la discusión misma, siempre y cuando ésta se desarrolle en el plano de la crítica racional.

IV- Conclusión.

La idea de «verdad provisoria» constituye un valiosísimo aporte de Popper a la epistemología contemporánea, cuya importancia no se pone ya en tela de juicio, puesto que permite pensar en la posibilidad de alcanzar una verdad objetiva a la vez que impide el estancamiento del saber en la cristalización de teorías que de otro modo podrían pretender transformarse en verdades canónicas, imposibles de ser cuestionadas. ¿Es posible encontrar un equilibrio similar, que permita un acuerdo entre la universalidad y el contexto?.

El relativismo sigue siendo, en general, excluido del ámbito de la filosofía, puesto que ésta, justamente, aspira a un ideal de conocimiento universal. Sin embargo, el transcurso del tiempo nos permite encontrar innumerables ejemplos que nos muestran como el condicionamiento del contexto histórico, geográfico y cultural se impone en el ámbito de las ideas, tanto en las costumbres como en la ciencia, socavando así la confianza en la posibilidad de alcanzar la unidad del saber. La idea de verdad provisoria oculta en su seno una cierta dosis de relativismo, ya que acepta que lo que hoy es tenido por verdadero, mañana puede dejar de serlo.

La historia de la ciencia muestra como distintas teorías, que representan marcos conceptuales diferentes van siendo reemplazadas paulatinamente unas por otras, a tal punto que parece impensable, hoy, pretender que se haya encontrado una explicación definitiva.

Es interesante también pensar que si el ideal de objetividad se asienta, como bien lo señala Popper, en la posibilidad de consenso intersubjetivo, es posible plantear que éste sólo es posible dentro de los límites de un sistema determinado, dentro de un contexto, fuera del cual carece de significado postular su valor de verdad.

El cuestionamiento de la idea de verdad absoluta no necesariamente debe ser entendido de modo pesimista, como el derrumbe de toda posibilidad de conocimiento para caer en el reino de la incerteza, donde todo es válido, sino como el reconocimiento de los propios límites que acicatean constantemente la imaginación en su deseo de traspasarlos.

Tanto Popper como Rorty apelan a la posibilidad de discusión racional como medio para superar las diferencias; por eso, la confrontación entre marcos conceptuales diferentes posibilita permitirá, si bien tal vez no alcanzar un acuerdo, al menos un enriquecimiento mutuo.

Conocer otros modos de pensar permite ver que no existe un único modo de entender la realidad, y que puede haber otros modos de abordaje que también resultan válidos.

Es importante, entonces, rescatar el valor de poder reconocer y aceptar las diferencias, sin considerar que un determinado sistema constituye la única explicación posible. En el ejemplo de Popper, Heródoto amplía su horizonte a través de los viajes, no para adoptar costumbres que le resultan extrañas, sino aprendiendo a ser tolerante. Tamaña ventaja la nuestra, que en nuestro mundo globalizado podemos recorrer el planeta sin movernos de nuestras casa, ampliando nuestro horizonte cultural hasta límites insospechados. Tal vez esto permita, como dice Popper, romper las barreas y salir de nuestras prisiones.

Bibliografía

- Popper, Karl. *La Lógica de la Investigación Científica*. Bs. As.: Editorial Tecnos, 1985.
- Popper, Karl. *Conjeturas y Refutaciones, El Desarrollo del Conocimiento Científico*. Bs. As.: Editorial Paidós, 1994.
- Popper, Karl. *El mito del marco común*. Bs. As.: Editorial Paidós, 1997.
- Descartes. *Discurso del Método*. México: Editorial Porrúa, 1995.
- Rorty, Richard. *Contingencia, Ironía y Solidaridad*. Bs. As.: Editorial Paidós, 1996.
- Rorty, Richard. *Objetividad, Relativismo y Verdad*. Bs. As.: Editorial Paidós, 1996.
- Rorty, Richard. *Consecuencias del Pragmatismo*. Barcelona: Editorial Tecnos, 1992.